

Ilusionismo

Mucha gente prefiere la magia a la política, ya que no tiene límites

MARÍA MAIZKURRENA



Hay personas convencidas de que «Trump lo arreglará todo», pero este terreno no es el de la política, sino el de la magia. Mucha gente prefiere la magia a la política, ya que no tiene límites, no necesita estudio, no exige esfuerzo y descarga toda responsabilidad en el mago, al tiempo que le concede todo el poder, lo cual parece buena idea, puesto que el mago tiene poderes. La política obedece al principio de realidad; la magia, al principio del placer. No es que todos los estadounidenses vayan detrás de Donald Trump como si fuera el flautista de Hamelin, pero eso no importa, ya que Trump, o sea el Mago, ha tomado su pírrica victoria en la urnas y la ha convertido en la imagen de un país que se va uniendo en torno a su persona camino de un destino luminoso.

Tienen los autócratas una gran tendencia a creer en (o al menos afirmar) el origen divino de su poder. Adoran la fuerza mágica, legitimadora, de las religiones, pero no se comprometen mucho con sus exigencias éticas. Muy pronto el sistema estadounidense basculará otra vez del lado de la autocracia, solo que ahora, con la experiencia del mandato previo, Trump y sus equipo están en mejores condiciones para intentar rebasar las barreras que el sistema mismo les opone. Si Dios salvó a Trump porque tenía para él la misión de ser el salvador de su pueblo, la democracia liberal se verá debilitada en la medida en que el presidente tenga fieles en vez de contar con el voto de simples ciudadanos.

La religión, en cuanto magia, trata de influir sobre la realidad mediante hechizos llamados oraciones. El discurso de investidura de Trump ha sido una muestra de política MAGA (Make America Great Again): su palabra es poder, pues define la realidad, la inaugura en cada frase, le da forma. No importa que Trump no haya construido el muro si dice que lo ha hecho. Muchos lo creerán. Una Edad de Oro comienza en EE UU porque Trump lo dice. Algunos sabemos que este hombre no es un mago, en el sentido de que su mera voluntad no actúa sobre el mundo, sino un ilusionista, pues actúa sobre la mente de quienes se someten a su hechizo. Y en esta ceremonia de investidura ha respetado el protocolo más que en la primera, reclamando para sí la magia del rito tradicional, pero añadiéndole el espectáculo de la firma de los primeros decretos, el espectáculo de su poder en acción. No importa si alguno de ellos es inconstitucional y no tiene visos de llegar a buen puerto. Lo que importa es la ceremonia oficiada y la promesa cumplida con el poder de su firma y, por qué no, con unos pases de ilusionismo.

Era dorada, palabra y hechos

MASSIMO CERPELLI

Profesor titular de Economía y Finanzas de la Universidad de Deusto

Trump representa el fin de la debilidad económica, pero la aplicación conjunta de aranceles y de medidas energéticas y migratorias amenaza con otra inflación

Las palabras importan menos que los hechos. Con esta frase que probablemente haya pasado desapercibida durante su toma de posesión como presidente de los Estados Unidos, Donald Trump ha dado comienzo ayer a su segundo mandato. Quizás lo más comentado antes de ese día hayan sido sus amenazas comerciales, léase aranceles que el nuevo presidente quiere imponer en diferentes medidas: 60% para todo producto importado desde China, 25% en el caso de México y Canadá, y 10% a los del resto de países. La divisa nacional (el dólar) ha empezado a descontar esta fortaleza y las divisas como el euro han perdido fuelle durante estos meses a raíz de unos anuncios que han empezado a manifestarse en toda su contundencia. Cierto es que analizando las primeras reacciones de los mercados financieros podríamos decir que las promesas de política comercial, de momento, se han visto suavizadas.

Las primeras ordenes ejecutivas firmadas han seguido tres grandes directrices: energía, cambio climático y migración. En los dos primeros casos veremos cómo en el futuro próximo Estados Unidos jugará un papel fundamental en la contención del precio del petróleo al abolir las normas impuestas a las empresas para mejorar la huella de carbono y, además, cambiará el rumbo del Acuerdo de París al eliminar la obligatoriedad en 2050 de la total electrificación del parque automovilístico nacional. Pero el país no solo retrocederá en sus medidas medioambientales, sino que saldrá de la Organización Mundial de la Salud y se desvinculará del acuerdo de la OMC de imponer un impuesto mínimo del 15% a las multinacionales.

Con respecto a la inmigración, el nuevo presidente acaba de declarar una emergencia nacional en la frontera sur del país que quiere acabar con la «invasión extranjera» de México y ha declarado que quiere



re crear el mayor Ejército del mundo para ganar guerras y para terminarlas.

En definitiva, el programa electoral que fascina a sus votantes americanos, y que preocupa a todos los que no lo son, consiste en cobrar a los demás países lo que están pagando ahora mismo los estadounidenses generando cierta incertidumbre en las empresas americanas que operan en Europa, que empiezan a descontar unos menores niveles de inversiones junto con un empeoramiento de las relaciones comerciales.

Según la opinión de distintos expertos de los principales organismos internacionales, las medidas de nuevos aranceles y de proteccionismo podrían restar entre el 0,5% y el 1% al crecimiento del PIB global en 2025. Y lo más importante, tener repercusiones en las operaciones de las empresas que operan en Estados Unidos generando al alza las presiones inflacionistas que parecían remitir tras unos años duros.

Muchos ciudadanos y electores europeos se siguen preguntando por qué los estadounidenses han votado Donald

Trump, pero es probable que su respuesta se encuentre en su condición de votantes europeos. Para los americanos, Trump representa el fin de la dura inflación y de los años de debilidad económica, pero hay que aclarar que la totalidad de sus medidas arancelarias, energéticas y migratorias, aplicadas en su totalidad, amenazan con provocar en Estados Unidos una nueva ola de inflación, junto a la posibilidad de otros beneficios.

El declive de Estados Unidos ha terminado, afirmaba en su discurso Trump. Subrayó cómo «el genero y la raza dejarán de ser armas de ingeniería social» y se proclamó como un presidente «pacificador», capaz de restar protagonismo al anterior mandatario, Joe Biden, en este final de ciclo político en el caso del conflicto de Oriente Medio.

Otro tema que preocupa a Trump y del que poco se ha hecho mención es el coste de la vivienda y la oferta de las mismas, que no parecen ser solo un problema europeo o local. Su mención en su discurso quizás no ha sido muy subrayada, pero es otro de los motivos que han empujado a millones de estadounidenses a votarlo durante el pasado mes de noviembre.

Este comienzo de mandato representa un reto crucial para Europa, un desafío de unidad política en el que su principal competidor será por primera vez en la historia su mejor aliado del pasado. Es importante respaldar en los próximos años la unidad del bloque comunitario y conseguir reforzar la competitividad de nuestra área común para poder resistir a los cambios comerciales y normativos que vienen.

En su primer discurso Trump incidió en la llegada de una nueva era, «una era dorada». Pero la gran pregunta que habría que hacerse es si esta etapa es solo una repetición del pasado, cuando Estados Unidos ejercía de gran potencia, o si se trata de que sea capaz de hacerlo en el futuro. El tiempo nos dirá si la era anunciada se hará realidad.

Vladimiro Pérez

ROSA PALO



Mi madre se hizo futbolera por amor. O por interés, que lo mismo tiene. El caso es que no estaba dispuesta a quedarse en casa los domingos mientras mi padre, hincha del Murcia, se iba a ver al equipo de sus entretelas, así que acabó por hacerse socia del eterno rival aun siendo cartagenera de pura cepa. Lo curioso es que terminó por gustarle, y aprendió tanto del asunto que podía haberle quitado el puesto a Olga Viza.

Al contrario que mi madre, yo no tengo ni puñetera idea de fútbol, pero sí coincido en lo del interés: me interesa que mi santo esté contento. Y, entre otras muchas cosas, lo está cuando gana el Madrid. Me ha salido merengue merengue. Y florentinista. O florentiniano, no sé. Lo que sí sé es que es verdadera devoción lo que sienten los madridistas por Florentino Pérez. El 'tito Floren', le dicen. Como si fuera un colega al que palmear la espalda. Como si compadrearán con

él. Como si tuvieran acceso a un magnate que despliega su poder por aquí y por allá, por occidente y por oriente, que en China nos recitaron la alineación del Real Madrid en una cena. Frita me quedé.

El prócer ha sido reelegido como presidente de lo suyo y de los suyos. Otra vez. Y sin oposición alguna. Mira, como Vladimir Putin. Empezaron al mismo tiempo y, veinticinco años después, ahí siguen. Con sus interregnos, vale, pero siempre manejando los hilos, uno desde el Kremlin y otro desde el palco del Bernabéu. Puesta a elegir entre dos líderes mesiánicos, me quedo con Florentino. Por amor conyugal y porque recuperó el 'tolili', esa hermosura de palabra que, incomprensiblemente, no está en el diccionario. Como se entere el susodicho, compra la RAE. El mundo nunca es suficiente para los ricos riquísimos.